

HOFFNUNGSLOSHEIM (1)

La noche se cernía sobre la ciudad de Hoffnungslosheim, sumiéndola en una tranquilidad absoluta. El silencio tan solo era quebrantado por el lejano ladrido de un perro.

Una sombra apenas entrevista se deslizaba sigilosamente por los callejones del barrio pobre, allí donde la ronda nocturna no solía pasar. Al final del oscuro callejón se encontraba su destino, una vieja casa, en el casco antiguo, en una zona abandonada. La construcción tenía aspecto desahuciado y parecía que en cualquier momento podría derrumbarse.

Una vez frente al portón, golpeó la puerta con los nudillos, dos seguidos uno separado y dos seguidos, esa era la contraseña. La puerta se abrió lentamente, mientras un viejo pordiosero alumbraba al encapuchado con un oxidado candil.

Una pequeña estancia, llena de mugre por único mobiliario, aguardaba en su interior. En la otrora grandiosa chimenea, un exiguo fuego apenas daba para iluminar la estancia. Echando una última ojeada al exterior, el misterioso visitante cerró la puerta sin pronunciar una palabra.

Con dos rápidas zancadas, se colocó enfrente del tiro, presionó una desgastada piedra de la tabiquería, y el hogar giró sobre si mismo, mostrando un pequeño conducto. En cuanto atravesó el hueco, el pordiosero volvió a presionar la piedra, y el mecanismo volvió a girar, ocultando cualquier rastro de la presencia del visitante.

Tras un corto corredor, llegó a una pequeña sala, donde docenas de personas ya estaban reunidas.

Una de ellas, ataviada con toga y subida a un podio, se estaba dirigiendo a la multitud. Sus palabras, resonaban entre la silenciosa congregación.

En cuanto el misterioso personaje entró en la estancia, el orador interrumpió su declamación. Las personas reunidas se volvieron hacia la puerta. Una ola de miedo recorrió el ambiente. Estaba claro que era una reunión ilegal, y las autoridades no iban a mirarlos con buenos ojos si eran descubiertos. Es posible que los iconos destrozados de la iglesia sigmarita, y los símbolos caóticos esbozados en las paredes tuvieran algo que ver.

Con un susurro de tela, la capa que lo esbozaba dejó ver al visitante. La armadura de placas, la profusión de insignias, la espada oficial al costado... no dejaba lugar a dudas que Tordak, el capitán de la guardia, se alzaba ante ellos.

Un suspiro de alivio recorrió las filas.

El oficial se dirigió al podio, donde se le cedió el puesto.

“Hermanos, el momento ha llegado” -clamó con una voz acostumbrada al mando- “El grueso de las tropas del burgomaestre saldrán mañana para unirse al ejército que intentará levantar el asedio de Middheim. Como capitán de la guardia he sido asignado para elegir los hombres que marcharán y los que se quedan. Huelga decir que la casi totalidad de las fuerzas que han quedado acuarteladas son leales a nuestra causa. Dentro de dos días, nos alzaremos en armas. El tiempo de sufrir las continuas humillaciones y la explotación de esos decadentes nobles y su corrupta administración llegará a su fin. Todos ellos serán detenidos y confinados a la espera de su juicio.”

El anterior orador alzó su voz de nuevo: “¿Y qué hay de Söller, el cazador de brujas? Puede suponer un peligro. Ya ha supuesto la pérdida de alguno de nuestra hermandad. Y su posición como sacerdote de Sigmar lo hace peligroso.”

“Grunner, el capitán de los caballeros será el encargado de arrestar los casos difíciles como ese. No te preocupes, Frank”

Al lado del interlocutor, otra figura alzó su cantarina voz. Estaba cubierta con el mismo vestido que su compañero, y sus jóvenes rostros eran idénticos, pero su voluptuosa forma y el timbre con que habló no dejaban lugar a dudas que se trataba de una mujer. “¿Y que haremos si el conde lanza sus efectivos contra nosotros antes de que recibamos refuerzos?”

“Está previsto, Grendel. El conde dispone ahora de pocas fuerzas, y no querrá arriesgarse a mandar muchos efectivos contra nosotros. Cuando tenga noticias de nuestro levantamiento, ya habremos recibido refuerzos de nuestros amigos del norte. Y, aún en el caso de que intervinieran antes de su llegada, tendremos todavía rehenes para negociar con él”

El sol ya había dejado de ascender trabajosamente por el firmamento, y había llegado hasta su cenit. La larga caravana de recaudadores estatales se encaminó hacia la siguiente granja de su larga lista.

“Por orden del burgomaestre, representando el poder del Conde Elector, y en concepto de provisiones para el ejército que luchará contra las hordas del caos, esto es lo que debes de entregar” dijo de memoria el funcionario. “20 sacas de cereal, 50 libras de carnes, un caballo de tiro, 2 terneras, 5 cerdos, una docena de aves de corral, 3 cestas de productos de la huerta”. La lista oficial había sido engrosada convenientemente, todo el mundo sabía que la mayor parte de los víveres entregados terminaban en los bolsillos de los recaudadores y contables.

Mientras los atribulados dueños de la granja escuchaban tan poco razonables peticiones, cinco guardias entraron en la modesta casa, y salieron casi arrastrando a tres jóvenes muchachos, el mayor de los cuales apenas tendría dieciocho primaveras.

“¿Adonde os lo lleváis? -Sollozó la anciana madre.

“Tendrán el honor de servir en el ejercito condal”

“Pero si os lo lleváis, ¿quien trabajará nuestros campos?” –protesto el envejecido campesino. –

“¿Acaso no tenéis suficiente con esos jovencuelos nobles? ¿Acaso vuestros hijos reciben el mismo destino?”

Un espantoso silencio recorrió la formación. Una vena palpitó insistentemente en la sien del recaudador. Desvió su mirada hacia el corral de la granja. Allí, una joven virginal de no más de 13 años alimentaba las gallinas. El funcionario señaló a la muchacha.

“Cogedla. Será destinada al *servicio personal* del burgomaestre”. Se dio la vuelta, con una ladina sonrisa. Varios guardias contenían mientras al enloquecido campesino, mientras que la atribulada madre lloraba y pedía piedad. Otros dos guardias arrastraban a la chica hacia otro carro, mientras que el grueso de la tropa saqueaba los almacenes de la granja, en busca de la larga lista de bienes exigidos.

Hendel, el burgomaestre de Hoffnungslosheim, se sintió satisfecho al fin. Su vello púbico estaba pegajoso por la sangre, y la joven no respiraba. Hacía ya rato que había muerto, pero él no se había detenido por ello. El cuerpo inerte, aún inmovilizado por fuertes ligaduras, era capaz de revolver el estomago a cualquier ser con algo de sentimientos, pero solo arrancaba una mirada de orgullo en el rostro del alto mandatario. Levantó la vista hacia su próxima víctima. Sena se llamaba. Era mayor de lo que le gustaba, ya había cumplido los dieciséis con holgura. Sin embargo, le habían asegurado que era virgen. Y aún más, había contemplado su obra sin desmayarse, sin gritar, sin vomitar. Siempre había traído a su siguiente víctima para que viera el futuro que le aguardaba, y era la primera vez que le ocurría algo así. Mañana iba a disfrutar mucho con ella. Además, era la primera vez que el objeto de sus atenciones fuera una noble, y no una plebeya. Guardó la última herramienta que había usado, después de limpiarla bien, y se dirigió a darse un buen baño relajante.

“Es la hora”. “Hoy es el día”

Un susurro recorría la ciudad antes incluso de que despuntara el sol. Había gente que dormía aún. Un sueño satisfecho, de caprichos cumplidos. Un sueño de hombres y mujeres que eran servidos por otros que consideraban de rango inferior. El sueño de hombres que agrandaban la miseria de los demás solo para tener una vida algo menos miserable.

Pero muchos otros no dormían. Hombres que habían sentido como eran despreciados y su orgullo quebrado. Mujeres cansadas de oír llorar a sus hijos hambrientos por la noche. Mendigos roncacos de suplicar piedad. Empleados insatisfechos. Personas que habían visto injusticias. Huérfanos de padres, y padres sin sus hijos. Recuerdos de promesas juveniles que el tiempo había arrastrado por el fango.

Pero aún así, aún rotos y de rodillas, tenían tiempo de soñar. Tenían la esperanza necesaria para poder alzarse. Aún tenían fuerza para que su susurro, su promesa de libertad, corriera esa madrugada como un torrente. Y tenían manos para empuñar cualquier cosa que pareciera un arma. Sigmar les había abandonado. Necesitaban algo en que creer, y lo habían encontrado. La promesa del cambio, de que su vida no tenía que seguir igual. De que otra vida era posible. De que el orden

establecido podía ser cambiado. De que nada era inmutable. De que el caos era el verdadero motor del mundo. De que era la hora. De que era el día.

Una veintena de soldados totalmente armados se encontraron en el patio, rodeados por una ligera niebla matinal. Uno de ellos se adelantó. De su decorada armadura, había arrancado varios signos. Signos de mando, signos de sigmar, signos de oficial. Signos de estar subordinado a un orden, un orden que merecía ser cambiado. Ahora era lo que siempre había sido bajo la armadura brillante, un plebeyo, un hombre sencillo, un hombre que detestaba el status quo.

Otro de los caballeros se adelantó a su vez. Su corpulencia era tal que pocos hombres hubieran podido llevar su pesada armadura. Las cicatrices daban constancia de sus numerosas y victoriosas batallas. Pero aún así permanecía como un pequeño oficial en una remota ciudad. El motivo fue un duelo con un miembro de su orden de caballeros. Un duelo que acabó con el retador muerto. Pero el muerto era un noble, y él un simple caballero. Por eso se podría en este puesto de mala muerte.

Tordak alzó su brazo, y estrechó con fuerza la mano que Grunner le ofrecía. Con voz grave, empezó a hablar.

“Bien, es el momento. Tú y tus hombres ya sabéis lo que tenéis que hacer.”

“Descuida. Ya hemos reducido a parte de la guardia no leal. Los oficiales ya están encerrados. Pequeños grupos ya han salido a *escoltar* a los dirigentes de la ciudad, antes que los insatisfechos los linchen”

“Bien. Recuerda que no deben de sufrir daño, son nuestro as en la manga si algo sale mal. ¿Has mandado gente a detener a Söller?”

“Sí. Parece ser que había salido de Hoffnungslosheim esta noche por motivos desconocidos. En cuanto me enteré, envié varios jinetes en su persecución. No llegará lejos”

“Es una noticia algo preocupante. Recuerda que debemos intentar capturarlo con vida. Bueno, sigamos el plan. Yo ahora tengo una cita con Hendel, nuestro amado burgomaestre.”

La noble doncella estaba desnuda. Las ligaduras estaban llenas de sangre seca. El olor a entrañas derramadas llenaba la estancia.

“Bien, Sena. No he podido resistir más. Estoy impaciente de ver como grita una sangre azul.”

Hendel cogió un afilado estilete, y empezó a calentarlo en las llamas del brasero. A la luz que derramaba, el sudor que perlaba su cuerpo desnudo despedía un brillo siniestro.

Y en ese momento, un fuerte golpe sacudió la cerrada puerta. El burgomaestre, sorprendido, se dio la vuelta. Otro golpe terminó de echar la puerta abajo. Por el vano entraron tres soldados. El que los dirigía entro detrás. Acercándose al atónito mandatario, le arrancó el afilado instrumento de las manos, y de un empujón lo mandó a los brazos de sus hombres, que lo sujetaron con fuerza.

“¡Capitán! ¿Que significa esto?”

“Ya no soy vuestro capitán. Ahora solo soy Tordak” dijo con ira reprimida mientras desenvainaba su espada.

Los ojos desorbitados por el terror del sanguinario Hendel siguieron la acerada estela... que cortó limpiamente las ligaduras de Sena.

La joven se incorporó, frotándose las doloridas muñecas. Sin un solo movimiento para ocultar su desnudez, se acercó al jefe de los insurrectos, y le quitó el instrumento de tortura que aún sostenía en su mano, todavía al rojo. Con pasos inseguros, se acercó a su ex-torturador. Los soldados que lo sujetaban, miraron a su líder, y lo que vieron les convenció de sujetar aún más fuertemente al prisionero.

Sena se detuvo cuando su rostro estuvo a escasos centímetros de Hendel. El aroma del miedo se podía sentir. Escupió a su rostro con una mirada de desprecio absoluto. Y luego, gracilmente, como un movimiento de baile, sujetó su miembro con una mano y lo rebanó con la otra.

Un grito aterrador surgió de la boca del prisionero, mientras se desmayaba de dolor. Sena arrojó el sanguinolento trofeo al brasero.

“Llévoslo al sanador. Decidle que le hago responsable de su vida, no debe morir”

Mientras los soldados arrastraban al inconsciente eunuco, la muchacha se arrojó a los brazos de Tordak, mientras un involuntario estremecimiento recorría su delgado cuerpo. “Amor, pensaba que no llegarías a tiempo”

“Cariño, ni siquiera el mismo infierno me hubiese impedido salvarte de ese demente”- Dijo mientras rozaba sus labios.

“¿Has detenido ya a mi padre?”

“Si, lo traen hacia la ciudadela”

“Quiero estar presente”

“¿Estás segura?”

Por toda respuesta, Sena se fundió en un ardiente beso con Tordak.

El altivo noble se mantenía de pie dignamente, a pesar de sus ataduras y sus rotas ropas. Una gélida mirada de desprecio era todo lo que había dirigido a sus captores.

La puerta se abrió con violencia, y el ex-capitán se le encaró.

“Vaya, así que tu eres el perro que dirige esta pobre revuelta. Disfrutaré cuando tu cadáver cuelgue en las murallas de la ciudad, traidor al Imperio”, dijo con arrogancia el prisionero.

“¿Traidor? ¿Tú osas llamarme traidor? ¿Tú, que has sido capaz de traicionar a tu propia sangre, de entregar a tu hija a un asesino, solo porque fue capaz de amar a alguien a quien no aprobabas?”

“Ya no tengo hija. Ella se deshonró cuando declaró su amor en público por ti, insignificante plebeyo. Lo pagó con la vida”

“Hola, *padre*.” Dijo Sena entrando en la sala. “Todavía tenía la esperanza de que al menos te arrepintieras de tu acción”

“¿Todavía estás viva, puta?” escupió con desprecio el noble.

La hija sacó de su cinto el todavía ensangrentado estilete. Lo hundió en el vientre de su progenitor, desparamando sus vísceras por el suelo. No recibió un grito, una queja o una maldición, solo una mirada de desprecio del hombre que la había cuidado toda su vida. Los amantes y los guardias abandonaron la sala, dejándolo agonizar solo y abandonado.

Frank y Grendel abrieron las puertas del ya abandonado templo sigmarita. Dentro les esperaba parte de su nueva congregación. Escoria mutante lo llamarían sus antiguos ocupantes. Pobres humanos afectados por la cercanía a los ocasionales depósitos de piedra bruja que salían de vez en cuando a la superficie. Campesinos deformes, parodias semihumanas, más parecidas a híbridos animales que a los cazadores de brujas que los perseguían y eliminaban. En su marginación, sobrevivían escondidos en las cloacas y túneles, y desarrollaban un insano gusto hacia la carne cruda. Frank y Grendel los habían acogido, y les daban cobijo y protección, Y ahora, la misma iglesia que les perseguía era su nuevo hogar. Todos los viejos signos habían desaparecido, y los símbolos del caos decoraban las paredes.

Los mellizos se miraron a los ojos. “Por fin podemos mostrarnos tal como somos”. Se fundieron en un pasional abrazo, y las ropas cayeron al suelo, ante la mirada de sus bestiales seguidores.

“¡Tordak!”-gritó Grunner-“No hemos conseguido hallar a Ludwing. No está en su torre y nadie lo ha visto”.

“Maldición. Ya sabía que ese mago nos iba a traer problemas. Bueno, aunque sea un mago, está solo, no creo que pueda molestarnos demasiado. Pero continua la búsqueda”

“Me temo que tengo más malas noticias. Tal vez no signifique nada, pero los jinetes que mandé tras Söller aún no han vuelto. He mandado dos grupos de exploradores a caballo para encontrarlos y ...”

Un relincho resonó en el patio. Un jinete acababa de entrar al galope, desmontó de un salto y corrió hacia los jefes de la revuelta.

“¡Se acercan! ¡Muchos caballeros vienen hacia aquí en formación de batalla!”

“¿Qué?”-gritó furioso Grunner-“¿Cómo es posible que ya tan pronto?”

Tordak no perdió la calma. “Que no cunda el pánico. Sólo caballeros. Hmm. Supongo que el conde habrá supuesto que somos un puñado de campesinos, y que solo de ver sus tropas saldremos

corriendo para que nos cacen como conejos. Abre las puertas y deja que entre en Hoffnungslosheim ... se llevarán un recibimiento que será lo último que vean en la vida.”

La noche caía sobre el lamento de los heridos. La batalla había sido dura y encarnizada. Los caballeros habían tenido dificultades para maniobrar con sus caballos por las estrechas callejuelas, encontrándose muchos caminos bloqueados. Desde las ventanas, les habían hostigado con todo tipo de proyectiles, y cada edificio era una fortaleza que se defendía de su ataque, hasta que sus tropas habían ido menguando, divididas y, por último, aniquiladas. Los ciudadanos hasta habían soltado perros de presa contra los caballos, descabalgando a muchos jinetes para ser rematados en el suelo. Pero la habilidad marcial de los caballeros se había tomado su precio. La mayoría de los ciudadanos no tenían experiencia militar, ni equipo adecuado y luchaban poco menos que a pecho descubierto. Aunque los insurrectos habían luchado con valor, sin ceder un ápice y sin desmoralizarse, al grito de LIBERTAD, la matanza había sido indiscriminada. El suelo estaba cubierto de sangre, cuerpos mutilados y agonizantes. Los restos de los destripados caballos y los perros se mezclaban en un horripilante espectáculo con los cuerpos de sus amos.

Un ensangrentado y desalentado Grunner se reunió con Tordak.

“Otro ejército imperial se aproxima. La caballería es escasa, pero llevan maquinas de guerra. Infantería. Y... Söller va al frente, junto con Ludwig”

“Malditos sean todos. Reúne a los jinetes y caballeros que queden. Trae esas manadas de perros, agrupa a los ciudadanos que queden. Lucharemos hasta el fin, moriremos de pie antes que inclinarnos de nuevo ante el yugo. Yo voy a la ciudadela para reunir los rehenes, por si se puede negociar”

“Ya lo hemos intentado. Uno de los jinetes se acercó al enemigo para parlamentar, con bandera blanca, y contarles los rehenes que teníamos. Fue desmontado, sujetado, y... quemado vivo por el maldito cazador de brujas. Y la voz se ha corrido, muchos intentan huir, aunque no tengan adonde.” La impotencia cambió la resuelta fisonomía de Tordak. En ese momento solo podía pensar en Sena. “Reúne a las tropas” gritó mientras echaba a correr hacia la ciudadela. Mientras atravesaba las calles, el dantesco espectáculo se repetía. Gente que huía. Gente que se suicidaba. Madres que mataban a sus retoños antes que permitir que el enemigo los capturara, arrojándolos por las murallas.

Cuando llegó a la ciudadela, un grupo de caballeros habían sacado a todos los rehenes y los habían ejecutado. Hombres, mujeres, ancianos, niños...

Ya no importaba. Corrió hacia la habitación de su amor... estaba desierta. Una nota sobre la cama llamó su atención. La cogió y empezó a leer la nota manchada de lágrimas.

<<Amor. Las noticias vuelan, y nuestra causa está perdida. Pero Frank y Grendel me han ofrecido una salida. Me han dicho que mi sacrificio podría abrir un portal de energía, para que los oscuros dioses nos bendigan y nos den la fuerza que necesitamos para vencer. Que es tu única oportunidad. Adiós amado mío. Lucha en mi recuerdo. Lucha por todos nosotros. Lucha por la libertad.>>

“¡Noooooooooooo!” gritó con furia, arrugando la delicada vitela. Corrió hacia el antiguo templo de Sigmar. Antes de llegar, vio que la deforme manada de seguidores de los mellizos protegía el templo, al mando del más grande y fuerte de todos ellos. Pero en su corazón la furia daba alas a sus pies.

“Bien Sena. Desnúdate y tumbate en el altar” dijo Frank con dulzura.

“Si. No te dolerá apenas, solo será un pinchazo” susurró Grendel.

La muchacha se recostó en el altar. Su corazón estaba lleno de amor. La daga curva relampagueo, con la precisión que da la práctica. El níveo pecho quedó rajado, y el corazón extraído aún palpitante, y puesto sobre el altar.

“Slaanesh, escucha nuestras plegarias. Aquí está el corazón puro, ofrecido a ti por su propia voluntad. Danos el poder, a tus humildes servidores”

“Como me excita esto.”-dijo la mujer. “Como me excita haber engañado a esa inocente chiquilla.” Y sin más preámbulo, arrancando la ropa a su mellizo, se lanzó a copular con él, mientras la vida se extinguía en la sacrificada.

Sobre el templo, el cielo se plegó, y un vórtice de energía se empezó a formar...

Tordak alcanzó las escalinatas del templo. Ante él, un imponente mutante se erguía armado con lanza. Sin inmutarse, armado con la desesperación, agarró la lanza para apartarlo. Sorprendentemente, el híbrido dejó la lanza en su mano y le cedió el paso. Extrañado, cruzó el umbral.

Dentro le esperaba una imagen dantesca. El glorioso templo, despojado de los imperiales símbolos, temblaba con un pulso de energía oscura. Sobre el altar, el cadáver de Sena, y dominándolo todo, los mellizos haciendo el amor como animales en celo.

Preso de una ira inmensa, arrojó la lanza con toda la fuerza que pudo reunir. El arma voló hacia su destino, y alcanzó a los sudorosos cuerpos, clavándolos a la pared. Los mellizos quedaron empalados y agonizantes, en el momento en que alcanzaban el clímax y el hermano se derramaba dentro de la hermana, uniendo un exquisito éxtasis con una lenta agonía.

Con las piernas temblando, se acercó al cuerpo ensangrentado de su amada.

“Sena. Amor. Has ido más allá por mí. Por tu pueblo. Puede ser que muera este día. Pero no retrocederé. No huiré. Tendrán que matarme para poder entrar en esta ciudad. Y mientras muero, mis pensamientos estarán contigo, y con mi último aliento maldeciré a Sigmar y sus seguidores. Lo juro.”

“SEA” Una profunda y resonante voz hizo temblar los muros del templo. Y el vórtice de energía se volvió a plegar, derramando su energía por la ciudad.

Él fue el primero en ser afectado. Su cuerpo se agrandó, creció y se robusteció, mientras su armadura se fundía con su cuerpo, viéndose bendecido por la mirada de los dioses del caos. Los mellizos, aún agonizantes, fueron alcanzados. Con gritos de dolor y agonía, sus hermosos cuerpos fueron deformados, convirtiéndose en dos espantosos engendros de carne y entrañas, piel y huesos, para las cuales cada movimiento era una agonía. La manada de mutantes que aguardaba fuera, transmutó aún más, asemejándose a medio humanos, medio chivos.

La ola llegó a Grunner, transformándose de manera análoga a Tordak. El resto de caballeros también mutó, incluyendo a los caballeros que habían ejecutado a los rehenes, cuya ensangrentada armadura se incrustó en su cuerpo con colores rojizos, y una rabia inhumana les hacía desear derramar sangre. Los caballos también fueron afectados, incluso los perros de presa quedaron alterados, de una forma blasfema. La ola de energía llegó hasta la muralla, donde aún había madres matando sus retoños. Con un último pulso, ellos también fueron transformadas, sus espaldas se retorcieron brotándoles correosas alas, sus dedos se alargaron en espantosas garras, y su grotesco cuerpo destrozó sus vestidos.

El mutado ejército se reunió. Tordak levantó su mayal.

“¡Lucharemos! ¡Por nuestro Hoffnungslosheim! ¡Tal vez halleemos la muerte, pero también mataremos! ¡POR LA LIBERTAD QUE NOS NEGARON!”

Las tropas empezaron a marchar hacia el ejército imperial que les esperaba fuera. Hacia su destino. Algo más allá, el líder de la manada se inclinó sobre el altar. Allí, el corazón de Sena también había sido transformado. Un pequeño y oscuro colgante, con forma de corazón, era todo lo que quedaba de la hermosa joven.

El que una vez fue humano se lo colgó del cuello. Desclavó la lanza de la pared con una sonrisa. Y dándose la vuelta, se dirigió con los suyos hacia la batalla que se avecinaba.

HOFFNUNGSLOSHEIM (2)

Las paredes del templo de Sigmar rezumaban sangre. Una luz sobrenatural empezó a pulsar sobre la cúpula, y los muros palpitaron a su ritmo. Un grito resonó mientras la estructura se agrietaba, y, como en un monstruoso parto, un inmenso demonio surgió del santo lugar. Su rostro era una parodia del Burgomaestre, Hendel.

Sölller se incorporó sudando de su cama. El mismo espantoso sueño de nuevo. Una y otra vez se repetía, desde que las perversiones secretas del alto mandatario eran conocidas. La tortura y sacrificio diario de pobres e indefensas jóvenes, arrancadas del seno familiar por sus esbirros era un secreto a voces que corría como un reguero de pólvora por la ciudad, inflamando el ánimo de la plebe. Él mismo, como sumo sacerdote de la ciudad y cazador de brujas, a pesar de sus remordimientos, había tenido que castigar a los que había llevado su descontento demasiado lejos, proclamando que Sigmar era un dios inmisericorde, por permitir tal abominación.

Pero, por mucho que lo había intentado, no había conseguido testigos para llevar el caso ante los jueces. Sus esbirros estaban demasiado asustados o bien pagados. Y desde entonces esa pesadilla le perseguía, robándole el descanso nocturno, como un presagio funesto enviado por su Dios.

Esta vez había sido incluso más intenso. Y ya no podía soportarlo. Partiría esta noche, y expondría el caso ante el mismísimo Conde Elector. Si él no le escuchaba, seguiría hasta llegar al Gran Teogonista y el Emperador si era necesario. No podía permitirlo más.

Se vistió apresuradamente, cogió sus armas, ensilló su corcel, y salió hacia la puerta norte.

Nunca antes había recorrido tan de madrugada las calles de la ciudad. Sabía que gran parte de las tropas habían salido de la ciudad para ir a reforzar los ejércitos del Emperador, para levantar el sitio a Middheim. Pero ver las luces apagadas, las tabernas cerradas. Casi no reconocía su ciudad. Una siniestra impresión le atenazaba el alma. Cuando llegó a las puertas, las encontró abiertas y desatendidas. Nadie había para darle el alto, ni pedirle explicaciones. Otra extraña señal. Con el ánimo sobrecogido, salió de Hoffnungslosheim.

Ludwing levantó su cansada vista de los libros que consultaba. La noche era fría, allí subido en la azotea de su torre observatorio y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Pero no fue por el frío nocturno, sino por lo que los astros le revelaban.

“¡No puede ser! ¡Coincide!” a pesar de estar solo, no pudo evitar pronunciar en voz alta su turbación. Siempre había sido dado a practicar la adivinación. Dominaba todos los métodos desde la oscura Esciamancia a la Crismancia, incluyendo la Espodomancia y una larga lista. Pero era la primera vez que un presagio se le repetía en cada uno de ellos y con tanta fuerza.

Ira, furia, destrucción, sangre, sacrificios, demonios, guerra... nada bueno podía salir de aquello. Y los signos le impelían a salir de su amada torre. Ya no podía retrasarlo más, o sería inevitable. Cogió su varita, echó un último vistazo a su lugar de estudio, y con determinación salió embozado de su hogar.

Apenas había llegado a la esquina, un grito rompió la quietud matinal. Y otro más allá. Volvió la vista, y un grupo de soldados se encaminaba hacia su torre. Empezaron a propinar empujones a la puerta. Se alejó con premura. Un hombre cayó desde lo alto de un edificio, derramando el contenido de su cráneo por el suelo. Era peligroso andar por las calles. Algo más adelante, una entrada al alcantarillado llamó su atención. Suspirando, se introdujo en las hediondas cloacas.

Ya era mediodía y el sol calentaba el ánimo de Sölller. Llevaba un buen rato cabalgando, y ya no le quedaba demasiado para llegar a la capital de la región.

Se detuvo y miró hacia atrás. Ya no se veía nada de la ciudad que había dejado de noche, pero sí una nube de polvo que se acercaba.

Extrañado, aguardó mientras una patrulla de jinetes de Hoffnungslosheim le daba alcance. Levantó su mano en ademán de saludo, con el fin de preguntar que nuevas había. Y, como en una pesadilla, sus conciudadanos lanzaron sus hachas sobre él.

Intentó fintar como pudo mientras daba gracias de llevar su pesada armadura, en la que rebotaron los mortales proyectiles. Pero varios de ellos le acertaron. Cortes sin importancia, pero uno de ellos cortó su axila y otro el muslo. Con un gruñido de dolor, cayó del caballo.

Mientras se acercaban para rematar su sangrienta faena, se incorporó y los señaló con la reliquia de su familia, el mágico anillo arrancado por su abuelo a un hechicero caótico, y pronunció las palabras secretas, reveladas por el Gran Teogonista cuando lo purificó.

Una llamarada mágica alcanzó de pleno a la patrulla. Algunos fueron carbonizados, otros arrojados al suelo y pisoteados en la huida de los aterrorizados caballos. Cuando la llamarada desapareció, solo dos de ellos, desmontados, seguían vivos. Con una sonrisa demente, desenvainando sus armas, empezaron a flanquearlo.

Söller se sintió desfallecer por un momento. Nunca había sido un gran guerrero, estaba muy herido, y agotado después de tantas noches sin dormir y la larga cabalgata. Pero, dejó que la fe en Sigmar creciera. Sintió como llenaba su cuerpo y daba fuerza a sus miembros. Con un esfuerzo de voluntad, levantó su pesada maza.

Ludwing se orientó por la red de alcantarillado hacia el templo de Sigmar, pensando que tal vez sería el único lugar seguro. Por suerte, la oscuridad no era problema para alguien que dominaba los vientos de la magia.

Pero cuando llegó allí, sintió algo que le erizó el vello. Una corriente de energía surgía del interior del templo sagrado. Algo que no había sentido nunca en los colegios de magia de Altdorf. Esto era puro, primordial, indomable... caótico.

Tomando todas las precauciones posibles, comenzó a ascender.

Carl se inclinó sobre el religioso. Lo habían traído directamente a su casa de curación en cuanto lo encontraron delirando a las afueras de la ciudad, a punto de desplomarse de su caballo y con varias heridas abiertas.

Sus ropajes y el icono sagrado que colgaba de su cuello lo identificaban como sacerdote de Sigmar, y cuando le quitaron su abollada armadura, vieron que tenía grandes moratones e innumerables cortes. Estaba claro que aquello iba más allá de lo que unos vendajes, reposo y emplastos podían curar. No sabía que fuerza aún mantenía vivo ese cuerpo tan castigado.

Sonrió. Por suerte para el moribundo, y aunque a veces la iglesia no lo veía con buenos ojos, el no era un curandero corriente. Había estudiado magia en las escuelas de Altdorf.

Concentrándose, capturó un retazo de los vientos de magia que fluían por el aire, invisibles a ojos no entrenados. Lo moldeó, y lo soltó a través de sus manos. Los cortes dejaron de sangrar y empezaron a cerrarse.

Y Söller saltó como un resorte y miró a su alrededor. “¿Dónde está el Conde?”

“Padre, habéis recibido numerosas heridas y...”

“No hay tiempo. Hoffnungslosheim ha caído ante el caos. Debo verle y pedirle que libere la ciudad antes de que todos sus habitantes fenezcan”.

Y con rápidas zancadas se dirigió hacia el exterior, seguido de un atónito Carl.

Ludwing estaba oculto tras un pequeño enrejado. Era el mejor sitio que había encontrado para observar sin ser visto. Y se sentía profundamente asqueado. Aquellos dos hermosos jóvenes, mellizos, habían copulado sobre el altar del profanado templo de Sigmar ante la mirada de inhumanos hombres bestias. Algunos de ellos, ajenos al sexual espectáculo, devoraban trozos de hombres aún calientes. La destrozada imaginería religiosa imperial había sido reemplazada por los obscenos símbolos del caos, y podía sentir como se concentraba la energía oscura.

Cuando por fin los hermanos terminaron de retozar, se alzaron sin mostrar ninguna incomodidad por su desnudez, y alzaron al unísono sus voces.

“Slaanesh, escucha nuestras plegarias. Aquí está la profanación del templo de tu enemigo. Profanado con carne, con sangre y con magia. Danos el poder, a tus humildes servidores”

Al momento, la corriente mágica creció en intensidad. Todos los instintos de Ludwing le impelían a salir de allí, pero su mente racional controló su cuerpo. Debía saber.

“Grendel, amor. ¿Lo sientes? Estamos cerca de conseguirlo, de ser recompensados por nuestro Dios. Toda está saliendo como planeamos” dijo el varón.

“Sí, Frank. Hendel, el burgomaestre, se creyó nuestros embustes sobre conseguir la inmortalidad torturando sádicamente a jóvenes vírgenes y bebiendo su sangre.” -Sonrió- “Los incautos ciudadanos han creído que nuestros seguidores bestiales eran simples mutantes. La profanación del templo, un hecho. Incluso la suerte nos sonrió cuando conseguimos que Tordak y Sena se enamoraran. Sólo tuvimos que sembrar miedos e incertidumbres, hacer promesas, y dejar que su desesperanza se impusiera a su sentido común.”

“Sí, cariño. Ya solo nos falta la última pieza. El sacrificio de una virgen inocente, enamorada y por su propia voluntad. Casi me da pena la pobrecilla Sena, morirá sin haber disfrutado de su amor”

“A ti lo que te da pena es que muera sin catar su sexo, pero eso tiene remedio”-dijo la hermana mientras le agarraba el miembro, que al momento recuperó de nuevo su turgencia.- “¿Qué ocurre? ¿Hueles algo?”

El hechicero centró su atención en el más grande de los hombres bestias. Había levantado el mentón, y olfateaba el aire como un sabueso. Y, de pronto, giró la testada cabeza en su dirección y entrecerró los ojos. Era el momento de salir de allí, se levantó rápidamente y saltó de nuevo al conducto por el que había ascendido. Mientras descendía de nuevo hacia la oscuridad y la podredumbre, alcanzaba a oír los gritos de los dos hermanos.

“¡Idiotas, cogedlo! ¡Traerlo aquí! ¡Muerto o vivo, pero traerlo!”

Ya estaba muy abajo, en los túneles, cuando el líder de la manada empezó a bajar por los túneles, precedido por sus inferiores. Por lo tanto, no pudo escuchar la última frase que Grendel le dirigió a Frank.

“No te enfades con ellos, amado mío. Nos han sido útiles, y aún más lo serán. Recuerda que tienen que estar vivos para que los demonios puedan ocupar su cuerpo cuando terminemos el sacrificio”

Nadie más que su mellizo oyó esta frase. O tal vez también lo oyera el jefe de las bestias, porque apretó con fuerza el mango de su lanza mientras se adentraba en la oscuridad.

Söller caminaba impacientemente en la sala de espera Condal. Hacia ya horas que le habían escuchado y prometido una resolución. Carl le observa mientras el sacerdote intentaba dejar un sendero en la alfombra.

En ese momento, se escucharon voces y relinchos en el patio de armas. Los dos corrieron hacia la ventana, y vieron como un destacamento de caballeros salían cabalgando de la ciudadela.

Preso de una incontenible indignación, empujó las decoradas puertas ignorando al secretario que intentó disuadirle, y se encontró de nuevo ante el escritorio del propietario de aquellas tierras.

“¿Dónde van esos caballeros?” dijo furioso el sacerdote.

El conde levantó pausadamente la cabeza. “A reprimir la revuelta. Y no es asunto vuestro”

“¿Solo esas tropas? ¿Acaso pensáis que son campesinos protestando por una subida de impuestos? ¿No habéis escuchado nada de lo que os he dicho, o tan inconsciente sois? ¿No entendéis que Tordak y Grunner, los capitanes de la guardia, dirigen el alzamiento?”

“¡Como osáis hablarme así! ¡Si no fuera por vuestra sagrada túnica os encarcelaría ahora mismo! He mandado todas las tropas de las que puedo prescindir. ¡Ahora, guardad silencio y volver afuera!” dijo congestionado el noble.

El religioso se dió la vuelta, con una advertencia como única despedida. “¡Ya he callado demasiado tiempo!”. Carl miró al conde, y salió detrás del sacerdote meneando la cabeza.

Söller bajó al patio con el ánimo alterado. Allí, varios soldados se entrenaban con sus armas. Otros cuidaban sus caballos, y algunos estaban descansando y comiendo. Un rápido vistazo al patio le mostró aquello que buscaba. El desierto patíbulo estaba en un lugar preferente, desde donde todos podrían verle. Con premura, se encaramó a lo alto.

“¡Hijos de Sigmar!”-ya solo aquello le procuró la atención de las tropas- “¡Hoffnungslosheim ha sucumbido ante el poder del Caos! Las tropas del Norte no han llegado tan lejos, ha sido su propia

putrefacción interior lo que ha logrado su caída. Allí, en estos momentos, el hermano mata al hermano, y el hijo goza con la madre. ¿Y que hace el Conde ante la noticia? Manda solo un puñado de caballeros por miedo a quedarse solo en su ciudadela. Y piensa que le obedeceremos. Porque es el dueño de la tierra. Pero no es el dueño de nuestras inmortales almas, que pertenecen solo a Sigmar. Y eso es lo que está en juego si esa podredumbre sigue avanzando. ¿Qué nos protege del caos? No son las armas, pues no son nada si no hay determinación de blandirlas. No son las armaduras, pues solo son metal, ni las murallas de esta ciudadela, pues solo son piedras. Nada material puede detenerlo. Solo nosotros, seres de carne y hueso, con nuestra alma inmortal, nuestra fe en Sigmar, y nuestra determinación. Igual que una manzana podrida echa a perder el cesto, Hoffnungslosheim es el inicio de nuestra destrucción si no lo evitamos. He permitido que esa degeneración llegue a estos extremos por subordinar la justicia divina a la de los hombre ¡Hermanos! puede ser que muera, pero salgo ahora mismo hacia mi ciudad natal, para purificarla, para dar la esperanza de que el caos puede ser vencido, debe ser frenado. Y si alguno de vosotros me acompaña, puede ser que también muera, pero habrá luchado por lo que cree, habrá salvado a su familia y su hogar, ¡y se ganará un lugar a la derecha de Sigmar!”

Después del ardoroso discurso, siguió un silencio sepulcral. Entonces, Carl subió al podio y se acercó al sacerdote, plantando el Báculo de Hechicero cuando llegó a su altura. Söller le miró, y le pasó el brazo por los hombros.

En ese momento, el sargento de la 1ª división de lanceros dio un paso al frente. Los tamborileros de la 2ª división empezaron a tocar. El portaestandarte del destacamento de élite de caballeros montó y ondeó su enseña. Los artilleros dejaron de limpiar las piezas de artillería. Y, como un torrente, un clamor salió de la garganta de los hombres allí reunidos.

“¡SIGMAR! ¡SIGMAR! ¡SIGMAR!”. Las tropas formaron y empezaron a salir del patio.

El conde bajó en persona. Con el rostro congestionado, ordenó a todos sus hombres que volvieran, pero el sacerdote y los soldados desfilaron delante suya sin inmutarse. Carl fue el único que le miró al pasar. “Solo eres un hombre”. Y le dejaron atrás, con sus ridículos aspavientos y sus recargados ropajes, mientras se dirigían hacia la guerra.

Ludwing se apresuró a completar los diagramas taumatúrgicos. No aspiraba a dispersar las fuerzas impías que en el templo se estaban acumulando. Allí, debajo del templo y muy por debajo de los niveles de la calle, sabía que todas sus fuerzas de dispersión tendría el efecto de un niño lanzando piedras contra la muralla de la ciudad.

Pero sabía que tal cantidad de fuerzas mágicas era muy inestable. Un solo empujón en el momento adecuado, y las cosas se descontrolarían. Eso era todo lo que podía hacer, cargar su propio ritual para añadir su energía en el momento culminante de la invocación caótica. Apretó la varita con fuerza, y descargó en los mágicos símbolos pintados en el suelo todo su poder. No habría sido suficiente, por eso se alegró de tener la vieja reliquia familiar, uno de los anillos creados por el mismo fundador de las escuelas de magia.

Ahora solo le quedaba rezar. Eso y salir de aquí, no pensaba quedarse a contemplar el resultado final. Sabía que la lucha se había desatado en la superficie, y que era el momento de escapar.

Sus métodos de adivinación también le habían dicho que era una batalla perdida. Que la única esperanza era el segundo ejército que se aproximaba. Con un último vistazo, abandonó aquella sala y se dirigió a la superficie.

No se encontró con nadie, y al salir a la calle, vio imágenes de la carnicería. Muertos y heridos por doquier. Por suerte para él, se luchaba ahora en otro sector. Cerca, un caballo de guerra imperial resoplaba al lado de su caído jinete. Un arma le había atravesado la juntura debajo del hombro y le había salido por el cuello. No había muerto de inmediato, pero cada bocanada de aire le causaba atragantarse con su propia sangre. ¿Qué arma era aquella? Se estremeció cuando descubrió al acercarse que solo era un atizador de chimenea. Sintió un inmenso pesar cuando montó el caballo y se alejó de allí, sin poder ayudarle. Pero debía salvar muchas vidas.

Carl no podía dejar de mirar con admiración a aquel sacerdote. Debía de moverle la fe, porque no entendía como podía seguir adelante sin descansar, cabalgando al frente de la columna. A pesar de la curación mágica, su cuerpo había sufrido un castigo que pocos hombres hubieran soportado. Y con su enérgica determinación, arrastraba tras de sí a cientos de hombres, que lo habían dejado todo atrás para seguirlo.

Su atención se vio distraída por la patrulla de herreruelos que volvía a informar. Se habían adelantado al resto con sus rápidos corceles, y algo debían de haber visto.

“Padre Söller, un jinete solitario se acerca a nosotros. Lleva vestiduras de mago. Más allá, un grupo de jinetes nos vigilan, pero no parecen una amenaza, deben de ser una simple patrulla. Pero son demasiado rápidos para alcanzarlos.”

“Bien hecho. ¿A que distancia está el mago?”

El oficial se dio la vuelta y señaló con el dedo. Aún estaba lejos, y no parecía que pudiera acercarse mucho más deprisa. El religioso observó con sus propios ojos su túnica de mago, ahora sucia y rasgada. Los bordes de la misma aparecían aun húmedos y pegajosos. Montaba un caballo de guerra imperial, pero de aspecto derrengando y con su flamante barda cubierta de sangre aún fresca. Pero a pesar de todo, le reconoció. Era Ludwing. Y parecía contento de hallarles.

“Bienhallados seáis” -dijo cuando por fin llegó a su altura- “Nunca me había alegrado tanto de encontrar una cara conocida.”

“No es momento de charla, mago. Contadnos que ha pasado. Por qué lleváis la montura de un caballero. Como habéis salido indemne de la ciudad”

“Tan directo como siempre, Sacerdote. La ciudad se ha vuelto loca. Las criaturas caóticas campan a sus anchas, y están usando el profanado templo para invocar inmundos demonios. He intentado detener el proceso como he podido, y después salí de la ciudad en la confusión de la lucha. Aún luchaban cuando conseguí este caballo de un soldado muerto. Pero, el futuro de los caballeros era, cuando menos, incierto. No creo que ninguno salga de allí con vida.”

El maestro de los caballeros interrumpió la conversación. “Señores, se acerca un jinete enemigo”.

Todos se volvieron a mirar. Al trote, enarbolando una bandera blanca, y con una sonrisa despectiva, se aproximaba sin prisas. Söller no lo conocía bien, pero sí de vista. Era uno de los compañeros del grupo que casi acababan con él. Cuando llegó hasta ellos, desmontó, y, con arrogancia, mientras desenrollaba un largo pergamino empezó a hablar.

“Esta es la lista de nuestros rehenes. Decidle al Conde que ordene a su ejército dar media vuelta, o ejecutaremos a uno por hora. Estas son nuestras condiciones ¡Eh, que hacéis, soltadme!”

Con una señal de la mano del sacerdote, los oficiales sujetaron al emisario. Alzándose con toda su autoridad, exclamó- “No venimos de parte del Conde, sino de Sigmar. No venimos a liberar la ciudad, sino las almas no contaminadas que aún queden. ¡Y a purificar aquellos que si lo estén!”

“¡Piedad señor! ¡Yo no quería, pero si me hubiera negado hubieran matado a mi familia! “- Sollozó el prisionero- “¡No sigo a los dioses oscuros, mi corazón es fiel a Sigmar!”

“Tal vez seas sincero. Mi rencoroso corazón no te cree, pero no me corresponde a mí juzgar, sino a Sigmar. Que él te juzgue, y te castigue si eres blasfemo.” El religioso puso la palma sobre su frente. Con un aullido inhumano, el prisionero empezó a arder, convirtiéndose en una tea humana que se retorció en el suelo. Los oficiales le soltaron rápidamente presos de un divino temor.

Cuando el cadáver no fue más que un puñado de cenizas, el sacerdote cogió un puñado, y dejó que el viento lo esparciese. Las lágrimas rodaban por sus ojos. ”Esto, hermanos, es lo que Sigmar quiere. No lo miréis como un humano, como un ciudadano del Imperio. Ya lo habéis visto. No es más que un pedazo de carne animado por los poderes del Caos. Ha perdido su alma inmortal. Debemos liberar sus cuerpos para que descansen en paz”

Las tropas miraron al orador. Luego observaron como las cenizas eran esparcidas por el viento.

“¡SIGMAR! ¡SIGMAR! ¡SIGMAR!”

Frank estaba furioso. “¡Inútiles! ¿Cómo que no le habéis encontrado? ¿Cómo que habrá escapado? ¡Podría destruirlos con un solo gesto de mi mano! ¡Y lo haré si volvéis a fallarme!”- Más calmado, prosiguió hablando a los hombres bestias- “Grendel está preparando a Sena para el ritual. Salir del

templo y mantened la guardia. Nadie debe de entrar en el templo. Ni ese mago que se os escapa. Ni un soldado de la ciudad. ¡Y mucho menos Tordak! ¿Habéis entendido, memos? ¡Salid de mi presencia antes de que me arrepienta de dejaros con vida!”

El líder de las bestias se dirigió al exterior del templo. Su mano apretaba tan fuertemente el asta de la lanza que su palma había empezado a sangrar. Sus inferiores formaron alrededor de la estructura, mientras que él, arriba de las escalinatas, vio de lejos a un humano que corría hacia allí. Ya le había visto antes. Era el capitán de la guardia, Tordak. Aflojó la presión sobre su arma, y un gesto le torció la boca. En un humano hubiera sido una sonrisa.

“¡Lo siento señor, pero me opongo! ¡Ni yo ni los otros oficiales estamos de acuerdo! ¡Es un suicidio adentrarnos en la ciudad! Desde aquí podemos tener una posición fuerte. Una vez fortificados, veremos que hacemos si rehúsan el enfrentamiento”. El maestro de los caballeros hablaba con toda la sabiduría que le daba su experiencia, pero el sacerdote no parecía dispuesto a ceder.

“Además, Söller, mira hacia el templo”-dijo Ludwing. Todos miraron hacia allí. Sobre la gran cúpula, una grieta en el aire pulsaba y emitía una luz sobrenatural. El sacerdote vio al fin aquello que sus sueños revelaron. Era aterrador. “El ritual ya ha empezado, y espero que los preparativos que hice den su fruto. Si lo hacen, toda esa energía se desbordará”

“Tiene razón”-Intervino Carl- “Tanto si funciona como si no, si los hombres están cerca los perderemos sin luchar. Eso es pura energía caótica. Si no quieres tener a un puñado de mutantes a tu mando, no entres en la ciudad”

El religioso miró otra vez hacia Hoffnungslosheim, su amado hogar. El fuego ardía en varios puntos. Incluso desde allí se veían cadáveres, y los gritos agonizantes de los heridos hendían el aire. De la ciudadela colgaban decenas de cuerpos. Personas que habían sido sus vecinos saltaban desde las murallas autoinmolándose. Madres enloquecidas sacrificaban a sus propios vástagos arrojándolos desde los muros. Las aves carroñeras sobrevolaban la ciudad. La dantesca pesadilla que contemplaba arrancó cualquier esperanza de su corazón de poder salvar algún alma. Solo cabía aplicar la purificación.

“De acuerdo. Despliega las tropas”

Los oficiales empezaron a dar órdenes mientras se alejaban. “¡Desplegad el cañón sobre ese altozano! ¡La caballería, que forme en el flanco izquierdo! ¡1ª División de lanceros, aquí! ¡Moved ese lanzacohetes! ¡Sargento, mueve la 2ª división de lanceros, estáis adelantados en la línea de batalla! ¡Corneta, toca reagruparse y sígueme, debemos juntar los herrueros en aquel flanco!”

Ajeno a la agitación del ejército, el sacerdote volvió a llorar por su ciudad. Sorprendido de oír rezos giró su cabeza. Allí, a su lado, los magos rezaban plegarias a Sigmar, con los ojos fijos en el vórtice de energía.

Y entonces sucedió. El vórtice de energía explotó, derramando su energía por la ciudad. Una brillante luz barrió el horizonte, obligándoles a cerrar los ojos. Los caballos piafaron de terror.

Cuando volvieron a abrirlos, la ciudad parecía desierta. Nada se movía. Los hombres esperaron impacientes, recitando las oraciones que aprendieron en su niñez.

Un grito que no podía ser humano rompió el silencio. Y un coro de alaridos no menos inhumanos le respaldó. Aullidos que no procedían de nada natural empezaron a oírse, mientras que espantosas gárgolas aladas aparecían sobre las murallas.

El sacerdote montó a caballo, imitado por los magos. Volvió la vista hacia sus seguidores, y sonrió satisfecho. En sus caras se veía la determinación. Los estandartes ondeaban al viento. Los músicos tocaban sus marchas y los oficiales mantenían la formación. Y todos rezaban a Sigmar. Alzó su sagrado icono. “¡Esta es la lucha que esperamos! Purificaremos Hoffnungslosheim. No luchamos por tierra, riqueza o política. Luchamos por nuestra alma inmortal. ¡Luchamos por lo que es justo y bueno!”

“¡SIGMAR! ¡SIGMAR! ¡SIGMAR!” Las tropas entrechocaron sus armas mientras que los que una vez fueron humanos, salían de la ciudad a su encuentro.